

Terminó de tocar y salió disparado con pasitos cortos por el camino de piedras, huyendo de la gente, del mundo circundante, del mundo a secas, y se quedó solo con su trompeta y su fliscorno detrás del rancho de los músicos, para que nadie lo molestara. Sin embargo, un fotógrafo insistente—y por lo tanto un buen fotógrafo—quería hacer algunas tomas con Tom Harrell. Habló con Angela, su mujer y manager (presumiblemente también su enfermera), y ésta intentó persuadir al artista, que accedió a resignantes y posó empujando los instrumentos sin levantar la cabeza, que apuntaba con toda su existencia hacia abajo. Cuando Harrell se

Décimo Festival de Jazz de Lapataia

Notas cool y bosque de eucaliptos

mente de jazz o muy cercanos a esta música, otros no tanto, pero por lo general de primerísimo nivel.

Por ejemplo, la delicadeza de los hermanos Jimmy y Albert "Tootie" Heath (ver reportaje en la página 36), que dieron cátedra de lo que es el respeto por la melodía y la claridad sonora. "¡Impresionante!", gritaba Alon Yavnai, el pianista de Paquito D'Rivera, y aplaudía de pie en la última fila.

Por ejemplo, la entrega con que salió a tocar el quinteto del baterista más melódico de todos, Lewis

[batería], este año se agregó un rancho con merchandising del festival, bateas rebosantes de compactos nuevos y usados, vinilos de colección, libros y videos que revolían obsesivamente tanto los espectadores como los músicos.

Quien se instalaba en Lapataia desde la mañana era testigo de las pruebas de sonido, de curiosas sesiones de fotos y de pequeñas historias que también hacen al jazz, como el rostro de irónica desaprobación de McBride—fanático de los Philadelphia 76'ers—

mento Djavan se sentó al lado de la mesa que ocupaban Paquito D'Rivera y su esposa, la cantante Brenda Feliciano, a la espera de alguna sobra. Descuidadamente, Pa-

quito le arrojó un hueso y Djavan lo pescó en el aire, muy cerca de los dedos del saxofonista, que de no tener reflejos hubiese quedado como Django Reinhardt, con dos menos.

El empresario responsable de la salud del festival, Francisco Yobino, ya está pensando en la undécima edición, que se llevará a cabo a partir del 6 de enero del 2006 y, según parece, también será de varios días. Qué será se puede decir. Dios si-gue de nuestro lado.

Eduardo Alvarez



Tom Harrell

percató de que el fotógrafo no se conformaba con un par de tomas, levantó la cabeza, se quitó los lentes de sol y fulminó al hombre de la cámara con la mirada desafiante y temible que sólo un genio esquizofrénico puede tener, dejándole bien claro que nada quería saber del asunto. Acto seguido se puso en cuclillas hecho un ovillo, contra un rincón, de espaldas al mundo, y así permaneció un buen rato. Después cruzó con pasitos cortos la calle de balasto y se perdió en el bosque de eucaliptos, hasta que lo fueron a buscar para llevarlo de vuelta al hotel.

La medicación y el deterioro de la propia enfermedad han hecho mella en Harrell, que ya no puede tocar como antes, con energía y frases largas. Es como si se estuviese quedando sin baterías. Pero su música es tan misteriosa y cautivante, y la banda que lo acompaña tan sólida y ajustada, que el concierto del sábado 15 por la mañana será recordado como uno de los más sublimes que ha dado el décimo Festival de Jazz de Lapataia.

Pero hubo más, mucho más en esta entrega que se extendió desde el 6 hasta el 16 de enero, y que incluyó una montaña de músicos, algunos real-

Nash, como si los ondulados campos de Punta Ballena fuesen un pentagrama de permanente inspiración. Y a eso debemos agregar lo que tocó el pianista Renée Rosnes y el vibrafonista Steve Nelson...

Por ejemplo, Christian McBride improvisando "Come Rain or Come Shine", con un habano en la boca al mejor estilo Charlie Mingus, mientras la gente arremetía sobre el escenario intentando escapar a un fulgurante aguacero veraniego (no quiero saber qué habría sucedido si la gente hubiese invadido el escenario durante el concierto de Tom Harrell).

Por ejemplo, la polenta del trompetista Roy Hargrove y el endemoniado swing del pianista Ronnie Mathews bajo una noche estrellada.

Por ejemplo, el lleno absoluto para ver y escuchar al espigado pianista de 86 años Bebo Valdés, cuya música posee el secreto del ritmo y un muy particular sentido del humor.

En cualquier lugar del tambo se respiraba un aire cool. Más allá del anfiteatro y del restaurante, donde pueden ocurrir las *jam sessions* más disparatadas a cualquier hora (Christian McBride en ¡teclados!, Kenny Garrett en

cuando se cruzó con una camiseta de los Lakers portada por Jimmy Greene, un saxofonista de dos metros y medio de alto por dos de ancho, sí, un negro del tamaño de Shaquille O'Neal.

Como era de esperar, sábado y domingo fueron los días más exitosos del festival (la jornada del viernes se canceló por lluvias y pasó a la mañana siguiente). El anfiteatro estaba a tope. En los intermedios de los conciertos la gente hizo largas colas en la parrillada del quinchito y en los baños químicos (el bosque de eucaliptos que dio refugio a Harrell también salvó a más de un incontinente), aunque gran parte del público se tomó la mala costumbre de reservar su asiento con un vasito (vacío) del yogurt que le dieron a la entrada (gratis) o con un par de hojas que contenían la programación del festival. Esas reservas no corren para el año que viene.

Un homenaje particular a la negritud que se rindió en Lapataia durante estos días fue responsabilidad de Djavan, el enorme perro labrador del vecino que se tiraba de cabeza al arroyito que corre debajo del escenario a buscar cualquier palo, ya tuviera el tamaño de un garrote o de un leño. En cierto mo-